

LOS HIJOS DEL TIEMPO



M.J.Fernández

LOS HIJOS DEL TIEMPO

M. J. Fernández

2017

BARCELONA, 2010

BARCELONA 2010 (SEIS MESES ANTES)

INGLATERRA, 2010

FRANCIA, 1304

INGLATERRA, 2010

FRANCIA, 1309

PORTUGAL, 1310

INGLATERRA, 2010

ALSACIA, 1320

INGLATERRA 2010

TURCKHEIM 1320

INGLATERRA 2010

BAVIERA, 1325

INGLATERRA, 2010

STERAZZA (FLORENCIA), 1350

MADRID, 2010

STERAZZA (FLORENCIA), 1350

BARCELONA, 2010

CAMBALÚ (CHINA), 1354

BARCELONA, 2010

GUANGXI (CHINA), 1354

MADRID, 2010

COMARI (COSTA DE LA INDIA), 1355

BARCELONA, 2010

MAJAPAHIT (JAVA) 1367

BARCELONA, 2010

CIPANGO, 1367

BARCELONA, 2010

CIPANGO, 1368

BARCELONA, 2010

OCÉANO ÍNDICO, 1379

PARÍS, 2010

TÍBET, 1382

BARCELONA, 2010

FÉI TŮ 1402

BARCELONA, 2010

LA INDIA, 1402

BARCELONA, 2010

RISTAK, 1407

BARCELONA, 2010

PARÍS, 1412

BARCELONA, 2010

CASTILLO DE BLACKSTONE, 1427

BARCELONA, 2010

ROMA, 1437

BARCELONA, 2010

GÉNOVA, 1450

BARCELONA, 2010

BAVIERA, 1450

CANADÁ, 1620

PARÍS, 2010

LONDRES, 1941

ALEMANIA, 1945

INGLATERRA, 2010

BAVIERA 2011

Barcelona, 2010

Elena llegó a su casa cerca de la medianoche. Se sentía agotada. Lo único que quería era quitarse los zapatos, darse un baño con una copa de vino en la mano y acostarse a dormir. Por suerte, tendría libre el día siguiente.

Salió del ascensor encaminándose a su piso, abrió la puerta y encendió la luz. Quedó inmóvil como si fuera una estatua de piedra al ver que el lugar parecía haber sido arrasado por un tornado. Se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que tragar para no estallar en sollozos. Alguien había entrado en su casa poniendo del revés su pequeño refugio. ¿Un robo? Miró rápidamente a su alrededor. El equipo de música estaba en su sitio, también el televisor de plasma y el DVD, pero su ordenador portátil había desaparecido.

Era un ordenador antiguo, de poco valor, así que no comprendía por qué se lo habían llevado. Sin embargo, lo que más le indignó fue que no se contentaron con robarle, sino que destrozaron todos los muebles y vaciaron los rellenos, por lo que tendría que volver a decorar su casa. Elena se sintió repentinamente muy cansada. No era el agotamiento propio del trabajo, sino algo más intenso, alguien había entrado en su hogar sin su consentimiento y había hurgado en su intimidad.

La frustración ante la invasión de su mundo, sumado a la culpa por su comportamiento reciente explotó en forma de llanto. Avanzó despacio entre los destrozados muebles familiares olvidando cerrar la puerta. Sin motivo aparente se quedó mirando fijamente el contestador del teléfono, que anunciaba en la pequeña pantalla que no había mensajes. Se sorprendió. Aquella mañana antes de salir había uno que no tuvo tiempo de escuchar. Se encogió de hombros, demasiado deprimida para buscarle una explica-

ción. Se disponía a sentarse en una de las sillas que permanecía entera, cuando escuchó un ruido procedente de la habitación.

Elena palideció al comprender que había sido imprudente asumir que los asaltantes ya se habían marchado. ¿Y si continuaban en el piso? Se levantó despacio, tratando de no hacer ningún ruido mientras caminaba hacia atrás, sin perder de vista la habitación de donde procedían los sonidos. Escuchó un murmullo de voces. Eran varios. Conteniendo la respiración se alejó de los intrusos en dirección a la puerta, que por suerte había dejado abierta. De repente, tropezó con un obstáculo, uno que la sujetó con firmeza por los brazos.

— ¿Va a alguna parte, señorita Álvarez? – le susurró una voz en el oído. Tenía acento francés – Debo insistir en que aguarde, necesitamos hablar con usted.

Elena permaneció inmóvil, incapaz de responder o de moverse. Había sido una estúpida, debió marcharse en cuanto vio el destrozo, debió llamar a la policía, también a Carmen para que la acompañara, aguardar que llegaran en el café del frente. Ahora era demasiado tarde, ellos la tenían en su poder. Aunque no sabía qué querían de ella estaba segura que no sería nada bueno.

El hombre la volteó con brusquedad, sujetando de nuevo sus brazos y la miró de frente. No parecía un ladrón, pero sus pequeños ojos reflejaban una maldad que repugnó a la enfermera. Elena se sacudió, pero el hombre la sujetó con más fuerza.

— ¿Dónde está?

— ¿Qué? – preguntó ella sorprendida – ¿Qué es lo que buscan?

— Lo que le envió su novio. ¿Dónde está?

— No sé de qué habla.

— Hablo de Andrés Bajares, y de la información que le envió esta noche. Y del broche ¿Cómo se lo envió, cuándo?

— No tengo idea de qué me habla. Andrés y yo no nos vemos desde hace casi dos semanas.

— ¡Su móvil! ¡Deme su móvil!

El hombre la soltó para que obedeciera, pero se mantuvo entre ella y la puerta. Imposible huir. Elena sacó el móvil de la cartera aún apagado y se lo entregó al agresor. Él se lo arrancó de las manos, lo encendió, luego la miró con rabia revisando toda la información recibida por Elena en las últimas horas, hasta que encontró un mensaje de voz que pertenecía a Andrés, diciéndole que le enviaba un correo con información importante que debía mostrarle a la policía si él demoraba en ponerse en contacto con ella. El francés borró el mensaje, y luego pisoteó el móvil.

El periodista, además de enviar información, había tenido tiempo de desaparecer el broche de plata de Jean. Comprendió entonces que Bajares debió cogerlo junto con la tarjeta de memoria, pero ¿dónde lo había escondido? ¿Se lo habría hecho llegar a su novia? Estaba seguro que no lo llevaba encima, ni estaba en el coche del periodista, que registraron con mucho cuidado. El broche por sí solo no llevaría a la policía hasta Morier, pero reforzaría la pista en contra de la Hermandad, un contratiempo que el Maestro no le perdonaría. Había sido un error retirarle la vigilancia a Bajares.

Morier miró con odio a Elena, que temblaba al pensar lo que aquel tipo podía hacerle. Las voces en la habitación seguían murmurando. Abrió la boca para repetir que no sabía nada, que no quería tener nada que ver con todo eso, pero volvió a cerrarla cuando vio una pistola provista de silenciador en la mano izquierda del francés. Elena palideció y sintió que las piernas le flaqueaban.

— Su novio nos ha traído muchos problemas, señorita, pero pienso resolverlos aquí y ahora. — dijo el intruso, mientras levantaba el arma para apuntar a su corazón.

Todo pasó muy deprisa, tanto, que Elena no pudo decir exactamente qué fue lo que ocurrió. Una sombra se

abalanzó sobre el asesino por la espalda y lo golpeó haciéndole caer al suelo. Al mismo tiempo, Elena sintió que la sujetaban por la muñeca tirando de ella para arrastrarla fuera del piso, escaleras abajo. Detrás de ella escuchó los gritos del francés llamando a sus secuaces. Se dio cuenta que la sombra que tiraba de su mano era un hombre alto y delgado, vestido con ropas oscuras raídas que parecían las de un mendigo, con la cara cubierta por un pasamontañas negro. Se sintió atemorizada, insegura de si su salvador lo era realmente, o si solo había saltado de la sartén para caer en las brasas.

Sonó un chasquido, al mismo tiempo que una esquirla de madera del pasamano rebotaba a su lado. Les estaban disparando. Cuando llegaron a la planta baja el hombre de negro la empujó a través del portal hasta la calle. Ella vio aterrorizada cómo sacaba un arma, también provista de silenciador, y esperaba a sus perseguidores que bajaban a toda prisa por las escaleras. De repente comprendió que se encontraba sola, sin vigilancia, por lo que decidió correr, solo quería alejarse de allí, estar lejos de los macabros franceses y los misteriosos mendigos de negro, pero cuando se dio media vuelta, otra persona la estaba esperando. Era una mujer. Por un momento a Elena le pareció reconocerla, pero en medio de la confusión que era su cabeza en ese momento no fue capaz.

— ¡Por aquí! – dijo la mujer, empujándola sin dejarle opción a protestar.

Elena se vio de repente en la parte trasera de una furgoneta sin ventanas, con la mujer a su lado. Al cerrar la puerta, todo quedó en oscuridad, y no pudo detallar sus facciones para recordar de quién se trataba.

— ¿Quién es usted? – se atrevió a balbucear.

— ¡Vámonos! – gritó la mujer al hombre sentado en el asiento del conductor.

— Pero... – comenzó a protestar el chófer. Elena comprendió por el timbre de su voz que se trataba de un

muchacho, pero la oscuridad no le permitió detallar sus facciones.

— Él sabe defenderse – argumento la mujer – Tenemos órdenes, así que muévete.

— ¿Lo abandonarás? – preguntó el joven.

— Desde luego que no, cruza en la esquina a la izquierda, lo recogeremos en el lugar de encuentro.

— ¿Qué ocurre aquí?- preguntó Elena, atemorizada - ¿Quiénes son ustedes?

— Todas las respuestas vendrán a su tiempo, Elena – respondió la mujer con voz serena y amable.

— Pero...

— ¡Shh! – ordenó su anfitriona.

El chófer siguió las instrucciones de la misteriosa mujer. Elena que conocía bien la zona comprendió que habían recorrido mucho pero avanzado poco, metiéndose por callejuelas que los hacían volver sobre sus pasos. Finalmente llegaron a un puente, donde unas pocas farolas creaban un juego de luces y sombras que daba un aspecto fantasmal a la calle. Siguiendo las instrucciones de la mujer se detuvieron cuando repentinamente de las sombras surgió la negra figura del mendigo que subió con agilidad al asiento del copiloto. Elena lo miró aterrorizada. ¿Quiénes eran esas personas? ¿La habían salvado, o secuestrado? Antes que pudiera formular alguna pregunta o protesta, el mendigo hizo un gesto de asentimiento en dirección a la mujer, Elena volteó a mirarla, pero ya era tarde, sintió un ardor en el brazo, y vio a su acompañante que sostenía una jeringuilla en la mano. El mundo a su alrededor se volvió borroso. Antes de perder la conciencia, vio que el mendigo se quitaba la máscara, lo que le permitió vislumbrar su rostro con una mezcla de espanto e incredulidad. Luego llegó la oscuridad.

Barcelona 2010 (Seis meses antes)

Mientras Elena y Carmen hacían sus compras en el centro de Barcelona, la lluvia ligera que las acompañó toda la tarde se convirtió en un torrencial chaparrón que las dejó empapadas a pesar de los paraguas y los impermeables. Corrieron a refugiarse en el antepecho de una tienda, riendo como dos niñas que hubieran hecho novillos. El viento arreció obligándolas a acurrucarse junto a la puerta, mientras sentían el frío como agujas que les traspasaban la piel. Habían ignorado el pronóstico de tormenta creyendo que podían terminar de comprar a tiempo y luego refugiarse en el piso de Carmen, a sólo un par de estaciones del metro, pero las sorprendió la fuerza de la lluvia y la rapidez con la que había descendido la temperatura. Al sentir una nueva ráfaga de viento acompañado de agua fría azotándolas sin piedad, dejaron de reír y comenzaron a preocuparse.

Carmen miró hacia el interior de la tienda. Le pareció peculiar porque carecía de mercancía en exhibición. Sus escaparates estaban vacíos, tintados para impedir miradas curiosas. Sólo la puerta, un marco de madera con vidrio, permitía atisbar el interior. A Carmen le pareció que se trataba de una librería, una muy peculiar porque ninguno de los libros era nuevo. Un pequeño letrero anunciaba que estaba abierta.

La tormenta iba a peor, azotándolas periódicamente hasta dejarlas empapadas. Elena se estremeció, mirando a la calle con preocupación. Si continuaban mucho tiempo a la intemperie, ambas terminarían enfermando.

— Vamos a entrar – le dijo Carmen a su amiga – Estaremos mejor que aquí afuera.

— ¿Entrar? Pero si no tenemos intenciones de comprar nada.

— ¿Y qué? Simulamos estar interesadas, damos tiempo a que amaine la lluvia y luego nos vamos.

— No me parece correcto... – comenzó a decir Elena, pero ya Carmen había empujado la puerta, y al sentir el agradable calor que reinaba en el interior, la siguió mientras se encogía de hombros.

Una campanilla sonó en cuanto cruzaron el umbral. Elena sintió que se ruborizaba al comprender que los dependientes aparecerían en cualquier momento.

— ¡Voy enseguida! – dijo una voz de tono grave desde el fondo.

Elena aprovechó para echar un vistazo a su alrededor, comprendiendo que se trataba de una tienda de libros antiguos. Las estanterías estaban llenas de ejemplares encuadernados en cuero y con letras doradas. Cogió uno de los libros más cercanos y se sorprendió al comprobar que se trataba de una primera edición de "Fortunata y Jacinta", que seguramente tenía mucho valor.

— ¿Libros viejos? – preguntó Carmen - ¿Quién compra libros viejos?

— Son para coleccionistas - le explicó Elena, con paciencia – Ejemplares raros y valiosos.

— ¿Valiosos? Pues no tienen mucha seguridad aquí – dijo Carmen – Cualquiera puede entrar y llevarse lo que quiera. No hay una cámara, ni dependientes vigilando, nada.

— Confiamos en nuestros clientes – dijo de nuevo la voz, sorprendiéndolas – Quienes cruzan esta puerta serían incapaces de llevarse un libro sin pagarlo, y quienes pudieran tener esa mala costumbre no suelen valorar esta mercancía.

Ambas levantaron la vista como si las hubieran sorprendido a punto de robar. Frente a ellas había un hombre que mostraba una franca sonrisa. Elena volvió a colocar apresuradamente el libro en el estante de donde lo había cogido. Carmen, boquiabierta, miró al recién llegado como si fuera una aparición.

— Lo siento, no quería asustarlas – dijo él con amabilidad.

— ¿Usted trabaja aquí? – preguntó Carmen con su desparpajo habitual – Quiero decir, no parece... Yo hubiera esperado...

— ¿Un anciano de hombros encorvados y cabello cano? Me pasa con frecuencia, pero lamento decepcionarlas. Sin embargo, si les sirve de consuelo puedo decirles que soy mucho más viejo de lo que aparento – ladeó la cabeza con una expresión de picardía, que hizo sonreír a Elena - Soy Alexander Lombardo, para servirles – dijo extendiendo la mano, e inclinándose un poco como en una pequeña reverencia.

— Elena Álvarez, y mi amiga es Carmen Pujol - dijo Elena, estrechándole la mano – ¿Es usted el dueño? – preguntó señalando con la cabeza el lugar.

— Eso me temo, pero están ustedes empaquetadas mientras yo sigo divagando sin ofrecerles hospitalidad. – ellas se miraron confundidas. Los modales de Lombardo les parecieron demasiado formales – Pasen por favor, si me acompañan a la trastienda les prepararé algo caliente, un té o un café.

— No, no queremos molestar – dijo Elena, avergonzada porque sólo habían usado la tienda como refugio.

— No es ninguna molestia, por aquí, por favor.

Ambas mujeres lo siguieron a la parte posterior del local, donde había una pequeña alacena, una cafetera, y una mesita. Lombardo las invitó a sentarse con un gesto, mientras les preguntaba qué preferían tomar. Ambas aceptaron un café y él se sirvió a sí mismo un té, luego se sentó frente a ellas sin dejar de sonreír. Pese a su afabilidad, Elena se sorprendió por la tristeza que percibía en su mirada.

El café junto con el agradable ambiente de la tienda las ayudaron a entrar en calor. Lombardo no parecía apresurado en hacer una venta, como si hubiera adivinado

la verdadera razón por la que se encontraban allí. Carmen se dio a la tarea de desplegar una cháchara acerca de temas intrascendentes, a lo que Lombardo respondió con monosílabos amables y educados, pero sin prestarle mucha atención. El tendero parecía más preocupado en observar a Elena, mientras ella mantenía la mirada baja, aunque ocasionalmente lo observaba de reojo. Vio que tenía una cicatriz apenas visible que comenzaba en el nacimiento del pelo y terminaba en la ceja izquierda. Por alguna razón, esa marca la inquietó.

— ¿Qué le pasó en la frente? – le preguntó de repente, señalando en su propia cara el lugar de la cicatriz.

— ¿Cómo dice? – preguntó él, sorprendido.

Elena se sintió estúpida. ¿Cómo se le ocurría preguntarle algo que no era asunto suyo a un desconocido? Sintió que se ruborizaba, y se mordió los labios. Carmen la miró como si no la reconociera, por lo general, Elena era la prudente y Carmen la que solía meter la pata.

— Lo siento, no es de mi incumbencia... – balbuceó.

— No, está bien – respondió él, con amabilidad, mientras tocaba la cicatriz – Fue hace mucho tiempo. Una pelea.

— No parece usted del tipo que pelea. – dijo Carmen con desparpajo.

— No todo es lo que parece – respondió Lombardo, volviendo a sonreír.

A partir de ese momento, el librero se comportó de modo más reservado. Elena comprendió que de alguna manera lo había incomodado. Al cabo de media hora, la campanilla de la puerta volvió a sonar, obligando al tendero a salir para atender a su posible cliente.

— Es hora de marcharnos – dijo Elena, aprovechando que se había quedado sola con su amiga.

— ¿Qué prisa tienes? – preguntó Carmen, quien se encontraba muy a gusto - ¿Has visto lo guapo que es?. Claro, tú no te fijas porque ya tienes a tu Andrés, pero las